

Mesa: Nuevas expresiones de las sexualidades, los géneros y las sexuaciones

LA CONSTRUCCIÓN DE UN DIÁLOGO: PSICOANÁLISIS Y FEMINISMOS

Mesa: Novas expressões de sexualidades, gêneros e sexuações

A CONSTRUÇÃO DE UM DIÁLOGO: PSICANÁLISES E FEMINISMOS

Silvia Leonor Alonso

Co-organizadora de los libros:

Freud: un ciclo de lecturas, Psicanálisis en acción,
Figuras clínicas de lo femenino en el mal-estar contemporáneo,
Interlocuciones sobre lo femenino en la teoría,
clínica, cultura y cuerpos, sexualidad, diversidad (Editorial Escuta).

silviaalonso@uol.com.br

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Alonso S. (2021) LA CONSTRUCCIÓN DE UN DIÁLOGO: PSICOANÁLISIS Y FEMINISMOS

Intercambio Psicoanalítico 12 (2),

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

LA CONSTRUCCIÓN DE UN DIÁLOGO: PSICOANÁLISIS Y FEMINISMOS

Silvia Leonor Alonso¹

1 Psicoanalista, miembro del Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae desde su fundación es profesora y orientadora del curso "Psicoanálisis" del mismo Instituto. Desde 1996 coordina el grupo de investigación "Lo femenino y lo imaginario cultural contemporáneo". Fue miembro del grupo fundador de la Revista Percurso. Es autora de *The Time, the Listening, the Feminine* e co-autora de *Histeria (House of the Psychologist)*. Co-organizadora de los libros: *Freud: un ciclo de lecturas*, *Psicanálisis en acción*, *Figuras clínicas de lo femenino en el mal-estar contemporáneo*, *Interlocuciones sobre lo femenino en la teoría, clínica, cultura y cuerpos, sexualidad, diversidad* (Editorial Escuta).
silviaalonso@uol.com.br

Desde lejos nos llegan las voces de las mujeres afganas que, en pleno 2021, con la recuperación del poder por parte de los talibanes, lloran por su desamparo y sufren ante la inminencia de volver a ser colocadas en la posición de "objeto de dominación masculina" y, bajo el imperio de la *sharia*, perder los derechos que han conseguido en los últimos años, al trabajo y a la educación, y ver sus cuerpos de nuevo encadenados, ocultos y expropiados. De cerca, nos llegan noticias de muertes por feminicidio, muertes por razones de género, que, como una auténtica "epidemia", que acompaña a la epidemia de Covid-19, no para de crecer en Brasil y en toda América Latina. En Brasil, fundamentalmente, hablamos de mujeres pobres y negras.

A pesar de las grandes conquistas de las mujeres a lo largo de los siglos, sus luchas no han terminado; la misoginia sigue siendo fuerte y hoy se inserta plenamente en lo que Huntington¹ llamó el *choque de civilizaciones*, como diseño cartográfico del momento actual.

El conflicto creciente entre corrientes de pensamiento conservadoras e innovadoras se ha extendido por todo el mundo, y el ámbito de las costumbres y de las pautas morales sobre las sexualidades es una zona de confrontación.

Al mismo tiempo, debemos reconocer los grandes cambios que se han producido a lo largo de la historia y las enormes transformaciones de las últimas décadas en las prácticas sexuales, las subjetividades, las lógicas sociales, el ámbito ético y jurídico y los discursos. Las fronteras de la sexualidad se han ampliado. Los imaginarios sobre los cuerpos se han modificado, así como las posibilidades de percepción. Se han empezado a ver cuerpos diferentes, se han empezado a escuchar deseos hasta entonces inexistentes. Diversas formas de sexualidad se presentan en la clínica y en la sociedad y nos interpelan, aprovechando las grietas abiertas en el patriarcado.

Pero el régimen patriarcal no ha dejado de operar, sosteniendo el esencialismo de los géneros fijados como sustancias ontológicas inmodificables y manteniendo el régimen de las diferencias en una organización jerárquica, con dinámicas de dominación y ejercicio de poder. Binarismos de género –hombres/mujeres, masculino/femenino, trabajadores remunerados/cuidadores no remunerados, ocupantes del espacio público y del campo erótico/reinas del hogar, madres– sin deseo ni erotismo. Luchas muy antiguas de las mujeres han encontrado fuerza y estrategias políticas en el movimiento feminista.

En primer lugar, entre las luchas por la igualdad de derechos que tuvieron lugar en el ámbito jurídico, se destaca la lucha de las sufragistas a finales del siglo XIX y principios del XX, época, también, del nacimiento del psicoanálisis.

Pero fue en un segundo momento, en las décadas de los sesenta y de los setenta, cuando del campo de la igualdad se fue pasando hacia el campo de las "diferencias", que incluye subjetividades, sujetos, identidades, reconocimiento del otro. Fue el momento de la apertura del discurso feminista.

En el seno del feminismo de la diferencia se ha impuesto, con fuerza afirmativa, una frase que abre el discurso e inaugura conversaciones: “Lo personal es político”. Los ámbitos de lo público y lo privado se acercan, lo íntimo llega a lo político y lo político entra en las vidas privadas y en sus prácticas. Mayo del 68, el movimiento *hippie*. Los temas en juego se amplían: pasa a cuestionarse la sexualidad, la procreación, la maternidad. La opresión patriarcal de la sexualidad de las mujeres aparece claramente y, con ello, se presentan las banderas de género. En este momento, el diálogo con el psicoanálisis gana fuerzas. Son temas sobre los que el psicoanálisis tiene mucho que decir, pero los feminismos también tienen mucho que cuestionar sobre lo que dice el psicoanálisis. Un diálogo tenso, pero fundamental.

Cuestionan el esencialismo de los lugares del hombre y la mujer en la teoría psicoanalítica. Cuestionan las desigualdades y jerarquías que se mantienen en la forma de pensar la diferencia sexual. Cuestionan el lugar de negatividad en que queda lo femenino. ¿Qué respondemos los psicoanalistas? En medio del fértil diálogo que mantiene con los feminismos, Juliett Mitchell²⁽¹⁷⁾ afirma: “el psicoanálisis no es una prescripción de una sociedad patriarcal, sino en todo caso, el análisis de los efectos subjetivos de una sociedad patriarcal”. Estoy de acuerdo. Lo que llega a la clínica son las subjetividades producidas por la sociedad de una época, pero cuando se convierte en teoría, ésta también se convierte en un “discurso-norma”, que produce o reafirma subjetividades.

La pregunta que surge entonces es: ¿es el psicoanálisis un dispositivo más destinado a reforzar la repetición del modelo de pensar la diferencia y las sexualidades presentes en la sociedad? ¿O hay, en su dispositivo clínico de escucha y en su teoría suficiente creatividad para abordar las nuevas formas de la sexualidad y los nuevos sufrimientos? Creo que depende de la manera en que nos situemos ante su discurso. Si queremos defender la universalidad de los conceptos e imponerlos a la lectura de la realidad, haremos del psicoanálisis un discurso dogmático y anacrónico. Nos alinearemos con las posiciones conservadoras reactualizadas por el miedo a los cambios vertiginosos en la composición familiar, en las presentaciones sexuales y en las formas de las relaciones amorosas, nos convertiremos en “analistas ventrílocuos”, en la expresión de Tort. En cambio, si consideramos la historicidad de los conceptos y los hacemos objetos de una reinterpretación, distinguiendo los que se sitúan como mera continuidad de las normas sociales dominantes, convirtiéndose en síntomas y repetición, de aquellos que tienen una “fuerza instituyente”, capaz de ampliar el pensamiento y crear teoría, podremos mantener vivo el psicoanálisis, para dar cuenta de los nuevos desafíos. Desde luego, no podemos negar los estereotipos de género de la época victoriana, presentes en muchas afirmaciones de Freud, ni la normatividad social incrustada en algunos conceptos, pero tampoco podemos dejar de reconocer que el discurso psicoanalítico fue el primero en oponerse a la racionalidad filosófica y que se inauguró bajo la égida de lo femenino y subvirtió la visión biológica.

Del desarrollo freudiano, he escogido dos momentos y algunos conceptos que me parecen aperturas en las que complejiza y hace avanzar la teoría de la sexualidad. Uno de ellos es de los primeros tiempos. Las histéricas, subjetividades constituidas en el seno de la modernidad, en el centro de un imaginario femenino vaciado de erotismo, crean síntoma en el cuerpo; son un grito de sufrimiento y, al mismo tiempo, de la presencia de Eros. Valientes, revierten el imperio de la razón con aquello que muestran en su cuerpo, denunciando la existencia del deseo y de la sexualidad que se les negaba a las mujeres. Por otro lado, Freud se dispuso a escuchar lo que hasta entonces no se había escuchado en la cultura. En esta escucha, se crearon varias aperturas. Una hacia el interior: el sujeto dividido, la existencia del inconsciente y, con ello, una teoría de la sexualidad que reconoce que ésta siempre será conflictiva y también enigmática. Y una apertura hacia fuera, porque la escucha clínica lleva a Freud a concebir la sexualidad en el marco del imaginario de la época y a mostrar su respectiva moral sexual,⁴ produciendo efectos en los sujetos y provocando sufrimiento, sobre todo, en las mujeres.

Pero la apertura de la teoría sexual va más allá, ya que, a partir de esta clínica que incluye lo femenino, aparece el concepto de pulsión diferenciado del de instinto y la concepción de la sexualidad infantil con su lógica perversa polimorfa. Veo en este grupo de conceptos, o en este momento de la teoría, una verdadera implosión de las fronteras de la teoría de la sexualidad y de la normatividad moralizante sobre la sexualidad, principalmente en lo que respecta a las mujeres. Para decirlo más claramente, ¿por qué serían aperturas? Porque algunas cosas se desatan, y esto abre un espacio para el pensamiento: (1) en la separación entre los conceptos de pulsión e instinto, el concepto se “desnaturaliza” y se separa de lo biológico –no del cuerpo, sino de lo innato.⁵ (2) La pulsión tiene un objeto y una meta individual y contingente y, al menos cerca de sus orígenes, es perversa y polimorfa. En su parcialidad, la pulsión es plural y, en sus destinos, es múltiple. (3) Al separar la pulsión de la genitalidad, la separa también de la procreación y, al no tener ésta como única meta y estar guiada por el placer y el goce, tiene que ver con la fantasía y con el inconsciente. La sexualidad infantil es un gran descubrimiento freudiano no por la concreción de su existencia, sino por la lógica que ordena su funcionamiento.

Vayamos a otro momento: la conferencia “La feminidad”, de 1932.⁶ En este momento, Freud reformula la teoría del trauma y la seducción universalizando esta última, ya que ahora se trata de la seducción materna: la madre que, al cuidar al bebé, introduce la excitación. Nuevos puntos de apertura: (1) la sexualidad viene de otros, de fuera, pero (2) también aparece el “advenir mujer”. Freud afirma: “el psicoanálisis no pretende describir lo que es una mujer [...] sino indagar cómo adviene, cómo se desarrolla a partir del niño polimorfo”.⁶ (108) Es decir, se retoma el polimorfismo de base, pero también aquí la sexualidad aparece como un proceso de construcción dentro de la singularidad. (3) Otra afirmación de este momento de desarrollo: “la masculinidad y la feminidad puras no son más que construcciones teóricas de contenido incierto”.

En este mismo momento teórico hay que añadir el concepto de *feminidad*. En los diversos desplazamientos que experimenta el concepto de femenino a lo largo de la obra, la feminidad aparece ahora como aquello que es más pulsional y está en la base de la sexualidad tanto de las mujeres como de los hombres.

En este conjunto de afirmaciones de los dos momentos destacados, encuentro elementos que me parecen significativos para decir que la teoría de la sexualidad en el psicoanálisis se complejiza, se expande y se singulariza, apareciendo como un problema, un enigma y un proceso. Este movimiento oscilatorio entre aperturas y cerramientos, que estoy ejemplificando con el desenvolvimiento freudiano, lo encontramos también en el pensamiento de Lacan, y lo encontraríamos en otros autores, porque todos están atravesados por la normativa de la época.

¿Me llevaría ello a decir que la teoría de la sexualidad construida por Freud consiguió mantenerse al margen de la normativa impuesta por su tiempo? Ciertamente, no podría hacer tal afirmación, puesto que, así como hubo algunas aperturas, también hubo muchas clausuras.

Juan Carlos Volnovich⁷, en su lindo trabajo “Aquellos vientos trajeron estos lodos...” muestra que, recién llegado desde París, cuando imparte la Conferencia de 1886, en Viena, Freud presenta dos aperturas: el origen traumático de la histeria y la existencia de la histeria masculina, poniendo en el banquillo de los acusados a los hombres maltratadores y a toda la comunidad científica de Viena. Volnovich afirma que, al borrar las fronteras entre lo normal y lo patológico y equiparar a hombres y mujeres, Freud pone en cuestión los principios centrales del patriarcado, provocando mucha irritación, llegando a ser amenazado con la exclusión del grupo de médicos y de los hombres defensores del patriarcado. Lo que asustaba, no era el sexo, sino el cuestionamiento de la “normatividad” existente, lo que llevó a Freud, a hacer una negociación interna, por razones más personales y de poder que teóricas:¹ acabó renegando de lo que él mismo había defendido.⁷ En la carta de 1897, Freud formula su conocida frase “ya no creo en mi neurótica”,⁹ a partir de la cual ya no aparecen más hombres abusadores, sino mujeres embusteras, recuperando el establishment médico y las normas del patriarcado.

1 Este es un claro ejemplo de la afirmación de Thamy Ayouch: “La ruptura epistemológica del discurso analítico consiste en señalar el desafío y los límites de todo proceso cognitivo inscrito en una visión positivista del saber y su infiltración por motivaciones distintas del saber (destinos pulsionales en el plano subjetivo y dispositivos de poder en el plano colectivo)”.⁸(23)

A partir de ahí y durante un largo periodo, con el abandono de la teoría de la seducción, con la teoría del apoyo y de la fantasía como base del síntoma, prospera un cierto endogenismo, una nueva vinculación a la genitalidad, a la biología y a la normativa de la época, dejando a las mujeres en lugares negativos, inferiorizados, y situándolas un poco “fuera de la civilización”, con postulados como el superego frágil y una supuesta limitación de las posibilidades sublimatorias, postulados fuertemente criticados por los feminismos.

Volviendo a los discursos feministas, hay un nuevo giro de la espiral a partir de los años ochenta. A partir de cuestionamientos de las mujeres lesbianas y trans, así como de las mujeres de otras etnias y clases más allá de las que les dieron origen; se cuestiona el propio discurso, la universalidad que se había creado a partir del discurso basado en las mujeres blancas y heterosexuales, y se comienza a construir un discurso más inclusivo, en la “interseccionalidad”, es decir, en la intersección de los discursos antisexistas, antirracistas, decoloniales, etc. En esta ampliación del discurso, también se amplía el cuestionamiento al psicoanálisis. Joel Birman¹⁰ afirma que los cuestionamientos que hacen los feminismos, los movimientos homosexuales y transgéneros no son del mismo orden: los dos primeros reivindican la posibilidad de ocupar un espacio que ya existe, pero dejan intacto el sistema simbólico de denominación parental; en el caso de los transgéneros, es la propia estructura edípica la que se cuestiona: estos buscan una posibilidad de reinventarse reafirmando la sexualidad como una construcción totalmente singular. Pero, como ya hemos dicho en relación con los feminismos, el propio movimiento produce ampliaciones a lo largo del tiempo. Así, los feminismos han sumado a las luchas contra las prescripciones sobre la sexualidad de las mujeres y contra la heteronormatividad, las luchas antirracistas y anticolonialistas y los estudios Queer.

Lo que está en juego es el debate sobre la manera de simbolizar la diferencia sexual. Márcia Arán afirma: “El dispositivo de la diferencia sexual construido en la modernidad a través de los sistemas normativos de sexo-género excluye la transexualidad de las posibilidades subjetivas consideradas normales y legítimas. En estos términos es fundamental desplazar estas fronteras excesivamente rígidas de lo simbólico [...] para que la transexualidad pueda habitar el mundo viable de la sexualización”.¹¹(668) Y añade: “De hecho, si entendemos la ley como una estructura previa y que trasciende las manifestaciones sociales, políticas y necesariamente históricas, lo simbólico en su versión de la diferencia sexual se presentará como una fuerza que no puede modificarse y subvertirse sin la amenaza de la psicosis o la perversión. Por el contrario, si entendemos la ley como algo que es vivido y reiterado constantemente de forma inmanente a las relaciones de poder, las posibilidades de modificación y subversión, incluso lo simbólico, no necesariamente significarán una amenaza para la cultura y la civilización”.¹¹ (669)

Si en otros momentos la deconstrucción pasaba por conceptos como el instinto materno, la envidia del pene y la maternidad como destino pulsional único en la mujer, en este momento la reformulación pasa fundamentalmente por los conceptos de función paterna, lógica fálica y formas de simbolización.²

A partir de los puntos de apertura que señalan un camino, algunos autores dentro del psicoanálisis reformulan conceptos que hacen que la teoría de la sexualidad en el psicoanálisis se vaya ampliando y dejando entrar mejor a las sexualidades que se presentan y a las subjetividades que las sustentan.

Veamos un ejemplo, apoyado en la apertura del camino de la alteridad, Laplanche explora al máximo la "primacía del otro" en lo que llama "la situación antropológica fundamental, en la escena del adulto cuidador y el bebé, encontrando aquí una senda para introducir el concepto de género en el psicoanálisis", reformulándolo para incluir el inconsciente y el conflicto y proponiendo que "lo sexual es el residuo inconsciente de la represión, la simbolización del género por el sexo".⁵(155) En la concepción del autor, la designación del género se vuelve plural, y los mensajes que se inscriben en el niño son contradictorios y ambivalentes, porque provienen del *socius* y están atravesados por el inconsciente de los adultos, restituyendo a la sexualidad su carácter enigmático y conflictivo.

Por un lado, con el concepto de *mito-simbólico*, nombra los esquemas narrativos transmitidos y renovados por la cultura que ayudan al pequeño sujeto a relacionar y simbolizar los mensajes enigmáticos procedentes de los adultos, pero a la vez a reprimir lo sexual. Por otra parte, establece una oposición entre lo simbólico pensado como mito único y las simbolizaciones plurales: "A pesar de la irresistible conquista del mundo por los binarismos, es bueno recordar que este auge es contingente, si se compara con tantas civilizaciones en las que los mitos fundadores no son binarios sino plurales, aceptando la ambivalencia en lugar de apostar todo a la diferencia".¹²(206)

Un segundo ejemplo. Partiendo del concepto de feminidad de Freud, Birman desgrana el fundamento biológico del concepto y lo trabaja añadiéndole conceptos como la pulsionalidad y el desamparo: "La feminidad es la revelación de lo que hay de erógeno en el desamparo, su fase positiva, creativa. La fase negativa del desamparo es el masoquismo, la inexistencia erógena y el dolor mortífero".¹³(52) Entiende que el concepto de feminidad es un intento de Freud por superar la lógica fálica tan presente en la teoría de la sexuación. En la reelaboración del concepto, consigue positivizar la cuestión del exceso pulsional y marcar el camino de la estética en la que la diferencia se expresa como singularidad.

² Vemos esto, en el pensamiento de M. Tort, cuando trata de la superposición que fue hecha entre la figura social del padre y las figuras psicoanalíticas de la función paterna.

Podríamos aproximar, como lo hace M. Arán el pensamiento de Birman, y el de otros autores como M. Schnaider, M. David-Menard y otros, que encuentran en los conceptos de feminidad y de desamparo, caminos para pensar la construcción de las subjetividades y las sexualidades que en ellas se soportan. Sin negar el C. de Édipo y de Castración, pero retirándoles la centralidad, la unicidad y la universalidad, recuperando el concepto de "cuerpo erógeno", como fundamento del exceso pulsional; y encontrando en el camino de la sustitución de objetos y la creatividad, puntos importantes para pensar a construcción de subjetividades. Colocan la pulsión desligada del desamparo que impone al sujeto la necesidad permanente de simbolización, abriendo la posibilidad de recrearse a sí propio, permanentemente.

Comencé por los feminismos, por ser el primer movimiento que colocó la necesidad de reconocer la mujer como sujeto y por esto colocó la diferencia como cuestión. Terminé con la feminidad por ser un concepto que abre posibilidades de pensar la construcción de subjetividades y las sexualidades desde lo "singular" y la "alteridad", sin prenderse a la universalidad que construye un modelo jerárquico y desigual.

Y así nos encaminamos hacia la construcción de un psicoanálisis abierto a las transidentidades, que, en palabras de Ayouch, "debe entonces ser, al mismo tiempo, subjetivo y social: pretendería situar al sujeto en el contexto social, histórico y político en el que se inscribe, y abordar el inconsciente a partir del sistema de sexo-género. Este psicoanálisis tendría como objetivo analizar el funcionamiento de las prescripciones de género en la subjetivación, en las relaciones del sujeto con los otros, pero también desde su propia perspectiva, como una teoría que no escapa a las formaciones discursivas dentro de las cuales surge".⁸ Este psicoanálisis necesita ser construido en diálogo con otros discursos: el de los feminismos, el de las nuevas sexualidades, el de los estudios Queer... Para ello, es necesario que los discursos se mantengan abiertos y que trabajemos juntos.

Referencias bibliográficas

- 1 Huntington S. (1997). O choque de civilizações. Rio de Janeiro: Objetiva.
- 2 Mitchell J. (1979). Psicanálise e feminismo. Belo Horizonte: Interlivros.
- 3 Tort M. (2017). Las subjetividades patriarcales. Buenos Aires: Topia.
- 4 Freud S. (1908/1993). La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. En: Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. v. IX.
- 5 Laplanche J. (2015). Sexual: sexualidade ampliada no sentido freudiano. Porto Alegre: Dublinense.
- 6 Freud S. (1932/1993). A feminilidade [Conferencia 33]. En: Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. v. XXII.
- 7 Volnovich JC. (2017). " Aquellos vientos trajeron estos lodos...". En: Meler I. Psicoanálisis e género. Buenos Aires: Paidós.
- 8 Ayouch T. (2015). Da transexualidade às transidentidades: psicanálise e gêneros plurais. Percurso. São Paulo; XXVIII(54).
- 9 Freud S. (1992). Cartas a Wilhelm Fliess 1997-1904. Buenos Aires: Amorrortu.
- 10 Birman J. Sexualidade na contemporaneidade. (2018). Cadernos de Psicanálise. Rio de Janeiro; 40(38): 137-159.
- 11 Arán M. (2009). A psicanálise e o dispositivo diferença sexual. Revista Estudos Feministas. Florianópolis; 17(3): 653-673.
- 12 Laplanche J. (1999). Entre sedução e inspiração: o homem. Paris: PUF.
- 13 Birman J. (1999). Cartografias do feminino. Rio de Janeiro: Editora 34
- 14 Arán, Márcia. O avesso do avesso. (2006) Garamond. Rio de Janeiro.